

# El reto de la gobernabilidad en tiempos de fragmentación política

**Uno de** los desafíos más importantes que afrontan los sistemas democráticos en la actualidad es el de asumir las consecuencias de la creciente pluralidad y fragmentación en la representación política de la ciudadanía.

Los electores votan cada vez en mayor medida de forma cambiante, imprevisible, a veces dejando la decisión para el último momento. La configuración consecuente de los parlamentos es de mayorías reducidas y complejas, que requieren en muchas ocasiones de la suma de actores políticos múltiples y diversos. De hecho, la mayor parte de los gobiernos europeos son de coalición. En España, además, se da la circunstancia de que la diversidad de las fuerzas políticas tiene que ver no solo con su ideología, sino también con su referencia territorial singular.

Las causas de este fenómeno son varias y de gran alcance, y están relacionadas con la crisis de valores de la propia democracia, las desigualdades que acrecienta la globalización injusta, las desafecciones respecto al sistema político de los marginados y los excluidos, la fatiga que causa la polarización y el populismo...

Las consecuencias también son evidentes. Una representación política más plural es, en principio, una representación más fidedigna de la pluralidad social. Por tanto, más personas se pueden sentir representadas y, en

consecuencia, el sistema adquiere más legitimidad.

Las dificultades que conlleva la fragmentación son múltiples y relevantes. A más actores políticos con influencia, más complejidad para legislar, para presupuestar, para investir gobiernos, para elegir autoridades que requieren el apoyo de mayorías cualificadas. En definitiva, más problemas para asegurar la gobernabilidad imprescindible en la atención al interés general.

Las reacciones a estos escenarios son de varios tipos. La más preocupante es la que protagonizan los enemigos de la democracia. Aprovechan los problemas para descalificar la democracia como intrínsecamente divisoria e ineficiente. Traducen las dificultades de la gobernabilidad como desgobierno, alimentando inseguridades. Promueven la antipolítica, en definitiva, para proponer como alternativa al falso taumaturgo salvador.

Otra reacción negativa es la que llama a la despolitización como respuesta a las dificultades de la política. Si la política no resulta eficaz, dejemos que sean otros actores los que organicen el espacio público compartido, al margen de la democracia: el mercado, las empresas, la tecnocracia, las corporaciones, los jueces que eligen a los jueces...

No sirve no hacer nada o hacer como si nada hubiera cambiado, haciendo gala de la frustración por los

*Ante las tendencias de fragmentación y diversificación de las representaciones parlamentarias en sociedades cada vez más complejas y plurales, hay que apostar por las políticas del encuentro y los pactos entre diferentes, con el correspondiente esfuerzo por los entendimientos programáticos.*

bloqueos inevitables y mostrando resignación ante su aparente irresolubilidad. No sirve, porque nos lleva de nuevo a la antipolítica.

Y siempre están los oportunistas que hacen uso de cada inconveniente para argumentar en favor de nuevas elecciones. Cuando pierden las elecciones, todo vale para pedir nuevas elecciones. Cuantas elecciones hagan falta, hasta que ganen los que pierden las elecciones.

La salida positiva es más fácil de definir que de implementar. Se trata de tomar nota de la evolución en el comportamiento político y electoral de la ciudadanía, adoptando los valores, los procedimientos y las instituciones precisas a fin de gobernar con eficacia y estabilidad, atendiendo al interés general y sin perder calidad democrática.

Para cumplir tal propósito es necesario adoptar decisiones en dos planos, al menos: en cuanto a los principios de la propia cultura política, y en las reformas precisas de la institucionalidad democrática.

En un contexto de fragmentación en la representación de la ciudadanía, solo cabe practicar la política democrática a través del encuentro y del pacto entre diferentes. Aún siendo este un camino que surge de la lógica más elemental, requiere para su implementación de un cambio profundo en la cultura política dominante, y de un esfuerzo pedagógico imprescindible, tanto en relación a los actores políticos como entre la propia ciudadanía.

Si la ciudadanía vota una representación plural, está obligando a sus representantes a dialogar, a entenderse, a negociar y a pactar entre distintos. En consecuencia, la ciudadanía ha de asumir que ninguna formación política podrá decidir en solitario, tampoco aquella a la que votó cada individuo. Todos los partidos que aspiren a influir en el espacio público tendrán que sentarse con otros partidos, y acordar otros programas, y transigir ante otros planteamientos, y renunciar a aplicar el cien por cien el programa propio.

La pluralidad en la representación política ha de gestionarse a favor del entendimiento y los acuerdos útiles, y no de la polarización y la confrontación estériles. Por tanto, los actores políticos han de aprender también a buscar pactos equilibrados, que sitúen el interés general por encima de los legítimos intereses parciales y partidarios. Tales pactos, además, deben llevar implícito el compromiso de todos

en favor de la estabilidad y la gobernabilidad, como condiciones necesarias para la gestión eficiente.

La política democrática en escenarios de gran fragmentación requiere de valores y de habilidades tan particulares como imprescindibles: la lealtad mutua entre adversarios a la vez que socios; la discreción necesaria en las negociaciones y la transparencia clara en los acuerdos; la disciplina en el cumplimiento de lo acordado...

Pero no solo los principios y las actitudes propias de la cultura política nos obligan a cambios adaptativos como consecuencia de la creciente complejidad de la representación democrática. Cabe también analizar y afrontar algunos cambios estructurales. Cuando se adaptan los comportamientos, han de adaptarse también las instituciones.

Con estos análisis las miradas se vuelven de inmediato en nuestro país a la legislación electoral. Sin embargo, resulta poco práctico planear reformas importantes a este respecto. Porque las mayorías exigidas para las reformas de calado, las que afectan a la propia Constitución, requieren de amplios consensos, imposibles de alcanzar hoy. Y porque, en realidad, el sistema electoral español es lo suficientemente equilibrado y flexible como para ser útil y poco discutido en todo tipo de contextos.

Cabrían, no obstante, algunas reformas limitadas conducentes a evitar bloqueos, o al menos limitarlos. El cambio en la fórmula para elegir al Presidente del Gobierno sería interesante, y hay precedentes en algunos parlamentos autonómicos para lograrlo. También sería de interés asegurar la aprobación de presupuestos, superando algunos mecanismos de veto y bloqueo aún en manos de las minorías. Y podrían pensarse nuevas mayorías, más limitadas y viables, para determinados nombramientos que deberían resguardarse ante las estrategias de boicot y chantaje.

En definitiva, la respuesta adecuada a los problemas de la democracia en tiempos de pluralidad y fragmentación no es menos democracia, sino una democracia mejorada, en la cultura política a desarrollar por sus protagonistas y en las propias instituciones que la hacen efectiva. Por ello, frente a las miradas interesadamente pesimistas que algunos pretenden imponer en el ánimo colectivo, hay que apostar por la esperanza de una democracia mejor para un mejor futuro. **TEMAS**